PROGRAMA C



CAROLINA CHARRY

SAVIA SOLARIS

01.09.18 I 28.10.18

PROGRAMA C

CAROLINA CHARRY

SAVIA SOLARIS

Foto portada:
Fotograma Imagen de Piedra Rosa, 2016

SAVIA SOLARIS

I

En un texto sobre Baudelaire, Benjamin escribe que solo cuando estamos despiertos podemos establecer una relación de distancia entre lo que observamos y el objeto, pero que es en el sueño donde "las cosas que veo me ven a mí tanto como yo las veo a ellas", cosas que de alguna manera son nuestros espejos. En escritos posteriores llega a decir que esto también puede suceder en algunos lugares del cine y de la poesía, sobre todo si los consideramos como espacios ambiguos del lenguaje y de la mirada que pueden traer de regreso lo que acontece como espectro o fantasma.

Son justamente estos dos medios los que se acompañan entre sí en la obra de Carolina Charry. Tanto la imagen en movimiento como la palabra poética le permiten a ella revelar la tensión y la distancia que aparece, por un lado, cuando somos conscientes de que no podemos comprender por completo al mundo y, por otro, cuando reflexionamos sobre nosotros mismos y reconocemos que lo que nos constituye como individuos, nuestra subjetividad, está determinada también por el otro y por el espacio que compartimos con este. Un saber trágico, al menos tildado así desde el romanticismo, que se reconoce en la contemplación de la distancia insalvable entre ese "yo" y el mundo.

Sin embargo, aunque su obra está impregnada por ese abismo, las inquietudes que realmente le interesan se acercan a la manera como se puede construir y deconstruir un universo a través de la mirada. Es en ese umbral de la contemplación donde ve la posibilidad de abrir un juego para acercase al otro y en ese encuentro revelar su misterio. A través de la experimentación con estos lenguajes revisa y bordea los límites de la representación de la realidad, los regímenes de visibilidad y las condiciones de la mirada para señalar que existe un espacio espectral en el mundo que no se deja ver porque lo que se impone es una organización lógica y racional.

II

En el 2016 Carolina Charry realiza un film que titula *Imagen de Piedra Rosa*. En un lapso no muy prolongado de tiempo se traslapan en él imágenes donde la mirada de distintos animales se intensifica, al final el rostro de la artista se camufla entre distintas secuencias.

Al hablar sobre esta pieza Carolina se pregunta:

¿Cómo acercarnos a comprender el silencio de los animales tras el cual, quizás, se halla una conciencia infinita que ignoramos?

Dos años después escribe *Awarness*:

Siempre el pulpo.
Un pulpo que no duda.
Un pulpo que planea su escape.
Soy un pulpo
Soy un enorme pez alado
Soy un león marino, o sea, cabeza de león y cola de pescado
Soy un hipocampo
Soy un pulpo que me acaricia
Soy un pulpo sin dios.

Acá la palabra le permite que ese deseo, que hoy llamaríamos de metamorfosis, se encarne. En ambas piezas la mirada del otro se convierte en la propia. El animal es el espejo en el que se reconoce y se reinventa.

III

No es extraño que en el proyecto que Carolina Charry presenta hoy predominen las imágenes de la naturaleza. En este caso, una naturaleza tergiversada que está justo en los límites de lo humano y de lo animal, y que cuestiona categorías epistemológicas y políticas como derecha e izquierda, natural y artificial, ficción y realidad, mentira y verdad. Es justamente en estos ensayos de la mirada, donde las formas se duplican y se deforman, el lugar donde cabe la posibilidad de imaginar otras perspectivas y experiencias.

Y, sin embargo, *Savia Solaris* se atreve a ir más lejos. La instalación no trata únicamente de hacer aparecer la imagen a través de los juegos de luz y de sombra, sino de poner en jaque un punto de vista objetivo y ordenador del mundo. Para entender este gesto de la artista habría que volver y/o recordar el lugar donde está: una sala del museo con una serie de ventanales que van de piso a techo, que la atraviesa y que, con el tiempo, se ha convertido en la vitrina perfecta para que la imagen se haga transparente y todo lo interior sea visible desde el afuera. Al entrar a la sala advertimos que la lógica del montaje invierte por completo la función principal del espacio. Lo que antes era luz ahora es oscuridad, lo que debía estar arriba ahora está abajo. Además percibimos dos imágenes de paisajes yuxtapuestas: una exterior y común a nosotros (ese gran árbol al frente de la sala, la calle que bordea el museo y la gente que camina), otra interna y ajena (el animal que desborda una superficie, el fuego y las gotas de agua sobre las plantas). Por un instante hay una repentina confusión de espacios donde nada parece ocupar un lugar, o mejor, la lógica de los lugares. El orden que da sentido queda abolido.
Es en *Savia Solaris* donde aparece otra percepción del tiempo. Por un lado, el ritmo que regula la instalación está determinado por las entradas de luz a la sala: aclara y oscurece la atmósfera acelerando o relentizando los lugares del día y la noche. Por otro, devela los ritmos vitales de otros organismos, en este caso de algunas plantas que, contrario a nosotros, esperan la ausencia de luz para abrir y despertarse.

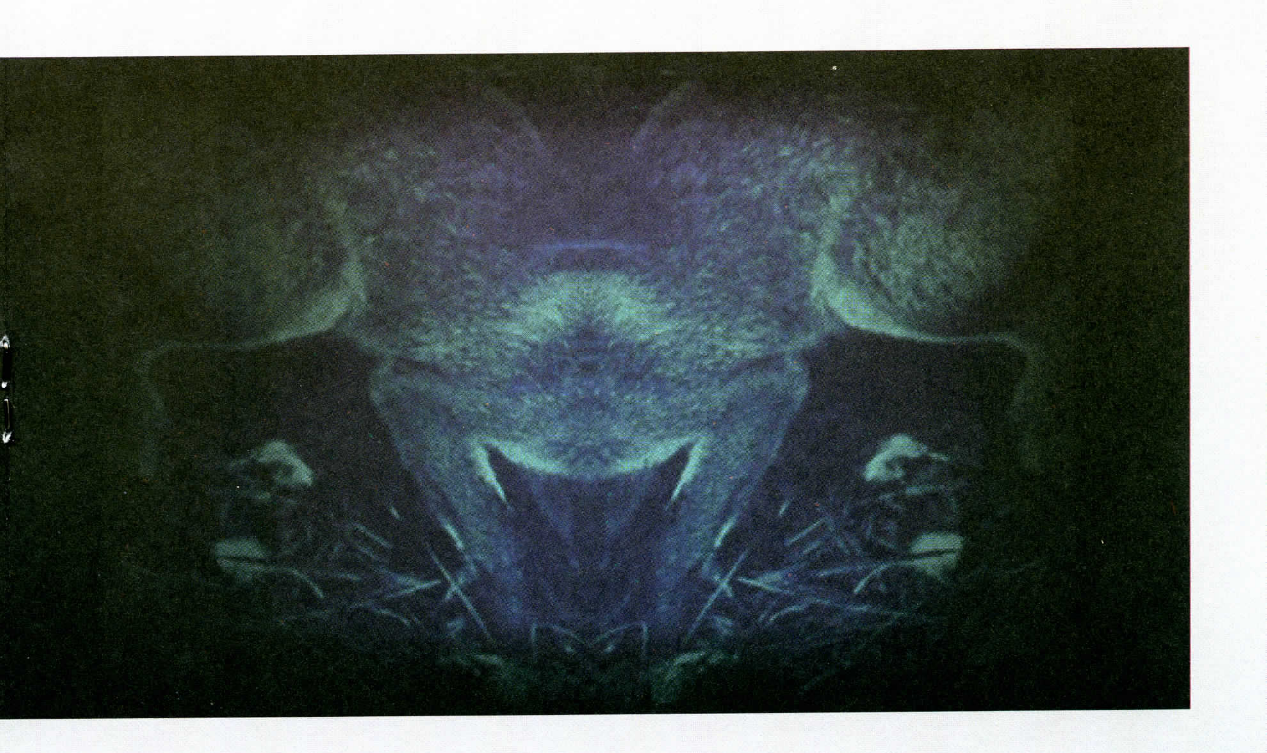
Lo que finalmente sucede es una suerte de imágenes simultáneas que, al retar las leyes universales, ganan otro significado frente a los acontecimientos del mundo. Por ello categorías absolutas de ficción y de ilusión no encierran por completo el ejercicio artístico de Carolina. El juego incluso se fuga de intentos narrativos del cine y más técnicos propios del arte, y apunta más bien a una transformación de la percepción. Une varios tiempos y espacios que son incompatibles entre sí y que solo podemos experimentar en lugares como los del sueño.
Quizá Didi-Huberman lo explica mejor cuando afirma que tenemos que volvernos capaces de discernir el *lugar donde arde* la imagen, el lugar donde su eventual belleza reserva un sitio a una "señal secreta" y donde aparece un síntoma. *Savia Solaris* es inquietante precisamente por eso, porque su señal es la alteración de la misma percepción que se escapa de las unidades métricas y objetivas e invita, por instantes, a conjurar de manera simultánea las experiencias de otros con las nuestras. ▪

Ximena Gama



El orden del mundo

Mi mamá habla con los perros. Mi papá habla con los perros. Los perros hablan solos, mentalmente. Meditan. Los perros nos meditan, a mi papá, a mi mamá, a mí, aunque también a muchas otras criaturas. Meditados por los perros, un día morimos. Pero ellos mueren antes. Al morir sobreviven en nosotros que somos su meditación. Existimos como una extensión de los perros: su pensamiento. Cuando un perro se instala en frente nuestro a mirarnos sin parpadear, contempla lo extraño de su propia especulación. Les hablamos, y así damos lugar a un singular y en ocasiones extravagante diálogo del perro consigo mismo.



Cola

Tengo una cola que no pesa.
La arrastro por la casa,
a veces cuando llego a la puerta del balcón,
me detengo a mirar cómo se arrastra tras de mí.
Mi cuerpo se extiende hacia mi cola.
No es una adhesión, como cuando le pegan la cola al burro.
Mi cola hace parte integral y continua de mi cuerpo y como es larga,
es fácil sólo girar un poco mi cabeza y observarla.

Es una cosa que soy y que tengo, que me sigue, que guardo,
que acobijo por la noche.
Termina en punta, como muchas colas
y si tuviera que compararme, cosa odiosa,
diría que entre todas las otras colas,
a la que más se parece es a la de un cocodrilo,
aunque algo tiene de sirenoide.
Es lo más anfibio que poseo,
yo, que me dedico a la vida terrenal.

No sé qué tanto se relaciona la cola con mi canto.
A veces grito desde el balcón hacia el mundo.
Y no sé cómo incide mi cola en esto.

Nadie ha visto una cola entre las nubes, creo.
Pero sí muchas por el suelo, y en las neveras del mercado.

Las colas mochas de las largatijas en el piso
son como premoniciones de un crimen
que podría sucederme a mí.

Mi cola me ha crecido, creo.
Pero pareciera nunca tener peso.
Al menos, no peso suficiente.

He sabido de quien por tener una cola pesada
se elevó como una cometa,
lo cual pareciera totalmente contradictorio.

El paso de cocodrilo a cometa
acaba por ser el propósito vital
de manera irracional, incomprensible
y antigravitatoria.

Además de elevarlo a uno surrealmente
por los cielos como una cometa,
el peso en la cola serviría, se me ocurre,
para derrumbar cosas de un solo coletazo,
por ejemplo la taza del café.

También serviría para enfrentarse
con otros y sus colas,
intentando derribarlos a coletazos,
en una batalla cuerpo a cuerpo,
como dinosaurios.





El sol de lo que ignoro

Me ilumina
me ciega
me incita
me consuela

Aparece como luz nocturna
el revés de lo que creo saber

Un amanecer a la noche
la oscuridad más lúcida
una cierta liberación
de la necesidad de luminiscencia

Podría inventar un juego que pusiera a prueba
la habilidad de ser siempre solar

Reflejos que no predicen conocimiento alguno
consuelo en la presencia de la luz

Un juego que no tema
la incandescencia
de lo imposible
lo que nunca podré saber
lo que se regocija en opacidad

Lo opaco me devuelve la mirada

La mirada animal
la contundencia vital de la planta
luz que rebota y sobrepasa
la flexibilidad de mis pupilas

Museo La Tertulia

EXPOSICIÓN

Artista
Carolina Charry

Curadora de la exposición
Ximena Gama

Asistentes cámara
María Alexandra Marín, Daniela Soto

Asistentes producción de video
Yowar Mosquera, Andrés Salgado Argel

Dirección carpintería
Manuela Lemos Díaz

Construcción y montaje
Richard Bent Cano, Alejandro Hurtado

Apoyo montaje
Jair Hernández, Jair Chantre

Relojeros
Juan Carlos Llano, Edwin Ortega.
Relojería Badén.

MUSEO LA TERTULIA

Fundadora
Marítza Uribe Urdinola

Directora
Ana Lucía Llano Domínguez

Curador
Alejandro Martín Maldonado

Asistente curaduría
Adriana Castellanos Olmedo

Administración de colecciones
Ayda Cristina Garzón Solarte y Isabel Cristina Satizábal Granada.

Producción de exposiciones
Lina María Saavedra de la Cruz

Educación y cultura
Carlos Hoyos Buchelli, Stephanie López Barona, Carmenza Banguera Estupiñán, Valentina Vargas Montealegre, Carlos Andrés Mazorra.

Cinemateca
Gerylee Polanco Uribe, Eugenio Jaramillo, Erwin Palomino Pérez, Luis David Díaz Narváez, y Miguel Ángel Baralt.

Mercadeo y comunicaciones
Claudia X. Bastidas Sandoval, Ximena Vásquez Velasco, Stiven Saldarriaga Bernal y Pamela Palacios Caceres.

Diseño Gráfico
Cactus Taller Gráfico

Centro de documentación
Pavel Andrés Vernaza Ortiz

Área administrativa y financiera
Deisy Copete Padilla, Carolina Nazarith Montaño

Secretaria Dolly Janeth Cardona

Agradecimientos Miguel y Margarita, Adelina Granja, Mónica Restrepo, Minia Biabiany, Luisa González, Yolanda Chois, Mónica Jinete.

Sala Alterna

01.09.18 I 28.10.18

Museo La Tertulia
Av. Colombia # 5-105 Oeste
www.museolatertulia.com

En alianza con:





Programa C fue concebido por el Museo de Arte Moderno de Medellín en alianza con Celsia.

Agradecimientos especiales:





